

Archivo Extremeño.

REVISTA MENSUAL

CIENCIA, ARTE, HISTORIA.

Año II

Badajoz 31 de Mayo de 1909

Núm. 16

SUMARIO: Una requisa de cuadros en la Catedral de Sevilla, por José Gestoso.—López de Ayala, bosquejo de estudio (conclusión), por Antonio Arqueros. Versión castellana de dos Silvas de Estacio, por «Un aprendiz de latinista».—La Musa Popular, por Santiago Montoto de Sedas.—La ocasión de amar, *Novela escénica* (continuación), por Antonio F. de Lepina.—Legajo, por Balduque.—Pliego de Historia, de Documentos y de las obras completas de Diego Sánchez de Badajoz.

Una requisa de cuadros en la Catedral de Sevilla

I

En la pequeña y oscura sacristía de Nuestra Señora de la Antigua, colgado en lo más alto de uno de sus muros, yacía en el olvido, ¡sabe Dios desde cuando!, un cuadro de medianas proporciones que mucho tiempo há despertó mi curiosidad, pues á juzgar por los dorados nimbos de sus figuras, bien podría ser obra de alguno de nuestros primitivos pintores.

Si más de una vez intenté que fuese bajado para examinarlo, tuve que desistir por la pasiva resistencia que se oponía á mis deseos; pero, contando con la buena amistad del ilustre literato y apasionado de las Bellas Artes, el canónigo mayordomo de Fábrica, señor don Juan F. Muñoz y Pabón, todas las dificultades se allanaron, y una tarde del pasado Septiembre tuve la satisfacción de ver el cuadro en el suelo y examinarlo con luz conveniente.

Júzguese de la grata sorpresa que experimentaría al hallar á la

primera ojeada, escrita en el centro de la parte inferior del cuadro con elegantes caracteres góticos del siglo XV la firma *Juan Sanchez pintor*. Para apreciar debidamente mi complacencia, es preciso sentir como sentimos los aficionados, á la vista de las obras artísticas ó arqueológicas, sobre todo si son ignoradas, si con su hallazgo tenemos conciencia de contribuir á aumentar el escaso número de datos conocidos para ilustrar la historia patria.

El asunto interpretado por Juan Sánchez, á la antigua manera del temple, es la Crucifixión. Cristo espirando en el Santo Madero. A su derecha, de pie con los brazos levantados, las manos unidas y la vista fija en su Divino Hijo en actitud suplicante, estaba la Virgen, detrás, también de pie, el discípulo amado y, arrodillada, una de las Marías.

En el opuesto lado, Santiago el Mayor vestido de túnica de paño aceituni, con capa de brocado rojo y oro, tenía en sus manos el sombrero, apoyado en el brazo izquierdo el bordón; á sus pies de hinojos la figura de un joven eclesiástico, vestido con ropas talaras blancas, en actitud orante, sujetando entre sus manos el bonete. El fondo es un paisaje, con riachuelo y árboles, y á la izquierda del espectador, un castillo torreado, con agudos chapiteles de pizarra, muros de ladrillo y piedra, vanos ojivales, por encima de cuya puerta se ven salir unos soldados cabalgando, cubiertas las cabezas por sombreros de hierro, con lanzas y adargas.

Tenía, pues, ante los ojos, una nueva página desconocida de la pintura sevillana, que á las claras demuestra la influencia del arte flamenco en los pintores hispalenses de fines del XV y en los albores del XVI.

Pero como no hay dicha cumplida, prodújome verdadera pena observar que todo el grupo de la Virgen, San Juan y la María, hallábase repintado al óleo, sin el menor miramiento, por torpe mano.

Al ver aquella profanación, me asaltó la sospecha de que, acaso por daños antiguos que hubiese sufrido el cuadro, el audaz restaurador pudo haber cubierto partes que todavía estuviesen en buen estado, de la pintura primitiva, y como su descubrimiento bien merecía la pena, el señor Muñoz y Pabón, al noticiar al excelentísimo Cabildo el feliz hallazgo, obtuvo la competente venia de la ilustrada Corporación para que se procediese á levantar los repintes, lo que efectuó con el mayor acierto el inteligente restaurador don José Escacena. Otra nueva sorpresa me espera-

ba, que vino á confirmar mis sospechas al ver los repintes. Toda la composición del grupo había sido alterada completamente por el inexperto restaurador, acaso en los siglos XVII ó XVIII, pues pude comprobar que la imagen de la Virgen había sido la de la Magdalena, la cual, de pié, sostuvo en sus brazos el desmayado cuerpo de Nuestra Señora, y sobre la cabeza de la Madre de Dios, se pintó la de una de las Marías. Juan Sánchez, tal vez, para hacer más patética la escena, para conmover más los sentimientos religiosos de sus devotos contemporáneos, pintó á la Virgen desmayada con cadavérica expresión; los párpados casi cerrados semejan la apagada luz de los ojos de un cadáver, su cuerpo inerte vése completamente desplomado. Sacrificó, pues, el artista la verdad histórica al efecto artístico y sin duda por esto, algún eclesiástico rigorista, escandalizado de la impropiedad de la escena, puesto que, según las Santas Escrituras, la Virgen en medio de su inmenso dolor no perdió un momento su entereza, dispuso el grosero repinte de la preciosa tabla.

La noticia del hallazgo del cuadro, cundió entre los aficionados, que se apresuraron á examinarlo, preguntándose: ¿quien fué el Juan Sánchez su autor? ¿Sería el conocido Juan Sánchez de Castro, impropriamente llamado por Cean, Patriarca de la pintura sevillana?

Aparte de que son distintas las maneras que pueden apreciarse al comparar el hermoso fragmento de la tabla con la Virgen del Rosario que se conserva por dicha en la Contaduría de la Santa Iglesia, con este cuadro de la Crucifixión, bien claramente sabemos que, el primero firmó la tabla de San Julián con su segundo apellido, sin duda, para que no confundiesen sus obras con las de otros cinco homónimos suyos y coetáneos cuya existencia completamente ignorada, comprueban documentos que he tenido la suerte de descubrir.

¿A cual de aquellos cinco artistas debemos atribuir la paternidad de esta interesante tabla? No es llegada aun la hora de precisarlo; pero, por lo pronto, el cuadro de la Crucifixión es una página más que agregar á la de la historia de la pintura sevillana que en nuestros días se ha enriquecido con los nombres de Juan Hispalense, de Garcí Fernández y de Cristóbal de Morales, ignorados hasta ahora de todos los críticos é historiógrafos, naturales y extranjeros.

II

El éxito obtenido en esta primera exploración pictórica, fué, indudablemente, poderoso acicate para un entusiasta como el señor Muñoz y Pabón. Pocos estímulos bastáronle por parte de los artistas y aficionados para decidirlo á presentar al Excmo. Cabildo una petición en que todos aquellos cifraban sus mayores complacencias, la cual había de ser además en extremo beneficiosa para las mismas pinturas que enriquecen la Santa Iglesia. Pidió nuestro docto amigo la venia de sus ilustrados compañeros para que todos los cuadros esparcidos por los muros del templo y de las capillas fuesen descolgados, limpiándolos del polvo secular que los oscurecía, y una vez examinados atentamente, se clasificasen por su importancia artística, colocando los más excelentes en los sitios de mejor luz y en los lugares más visitados; los de mediano mérito en otros más secundarios, y los que careciesen de él, serían relegados á las capillas obscuras ó dependencias poco visitadas de la Iglesia. De este modo, armonizábanse con toda discreción los intereses de la religión y del arte, y al par que se lucían convenientemente las joyas inestimables que avaloran el grandioso templo, dando pruebas de exquisita cultura, se contribuía á la magestuosa armonía del lugar sagrado, apartando de él obras impropias, que no sólo distraen la piedad y alejan la devoción de toda persona educada, sino que amenguan, irrisoriamente, el noble concierto que debe siempre procurarse entre el sentimiento y sus formas de expresión; de esta suerte desaparecerían los menguados contrastes de ver decorados con cuadros de escaso mérito, lugares de tanta importancia artística como nuestra Sacristía Mayor y de los Cálices, mientras que en otros lugares secundarios, envueltos en la más densa oscuridad, pasaban inadvertidas verdaderas joyas.

Para efectuar tan importante reforma, solicitó el señor Muñoz y Pabón del Excmo. Cabildo le autorizase para obtener la cooperación de personas competentes y, en tal virtud, acordó la corporación eclesiástica designar á los señores artistas don Gonzalo y don Joaquín Bilbao y don Virgilio Mattoni; al aficionado don Cayetano Sánchez y al autor de estos renglones.

Sin pérdida de tiempo dieron comienzo los trabajos, y secundados por los infatigables peones de Fábrica con su capataz, en

menos de un mes se ha efectuado la importante mejora, muchas veces con riesgo de las vidas de aquellos obreros, por tratarse de cuadros pesadísimos, colocados á enormes alturas: justo es que á los dichos servidores se conceda también un aplauso, pues bien lo merecen.

Muchas gratísimas sorpresas hemos tenido los que constituímos la comisión designada por el Excmo. Cabildo, y ahora ya puede asegurarse, que se conoce el tesoro pictórico, de inapreciable valor, que se custodia en nuestra insigne Basílica, pues han sido descubiertas pinturas nacionales y extranjeras desconocidas de cuantos han estudiado las riquezas artísticas de esta Catedral.

De todas ellas hacemos un resumen á la terminación de estos artículos.

Voy, pues, ahora, á dar cuenta de la nueva colocación que se ha dado á los cuadros, comenzando por la

Sacristía Mayor

En los grandes muros colaterales lucen hoy: en el del Evangelio, la Concepción con atributos del misterio, atribuida á Pacheco, y la Aparición de Nuestro Señor á San Ignacio, considerado de Roelas. Junto á ellos, dos ángeles mancebos, á la manera de Esteban Márquez, imitador de Zurbarán.

En el de la Epístola: San Francisco arrodillado y ángeles tañendo instrumentos, al pié del Señor y la Virgen, firmado y fechado en 1620 por Juan Sánchez Cotán, procedente del convento de la Merced calzada de esta ciudad, según Ceán Bermudez. Del dicho autor, que elogia mucho el crítico citado, se conocen muy pocos cuadros. Forma pareja con este, otro gran lienzo de Zurbarán que representa la Virgen de las Mercedes, con Santos de dicha Orden. Próximo á los citados, hállanse otros dos ángeles también considerados de Esteban Márquez, compañeros de los antes citados. En los muretes inmediatos á los arcos que dan acceso á los altares de las reliquias, vemos: en el del lado de la Epístola, á San Jerónimo penitente, de Rivera, y encima un ángel de autor anónimo. En el frontero, San Sebastian, al estilo de Guido Reni y otro ángel, cuyo autor también se desconoce, compañero del último citado.

En el machón inmediato á la puerta de entrada: un lienzo atribuido á Tieppolo que representa el martirio de San Hermenegil-

do en el momento de negarse á recibir la comunión del obispo arriano, debajo un Crucifijo de 1'90 X 1'07, el cual estaba muy sucio y oscurecido por espeso barniz, obra artística que ha sido una verdadera revelación, pues, la excelencia de su pincel hizo á primera vista atribuirlo á renombrados maestros hispalenses, y al limpiarlo descubrióse la firma y fecha: *Dn. Sebastián de Llano y Valdes faciebat año 1666.*

Fué este un pintor sevillano muy poco conocido, y de él, además de lo que dice Ceán, sólo conocíamos una cabeza del Bautista y un San Antonio, excelente el segundo, en en el Puerto de Santa María. Con este Crucifijo y otros cuatro lienzos más de su mano, que ha habido la suerte de encontrar en la Catedral, y de que trataremos en sus lugares oportunos, podrá juzgarse del mérito de sus pinceles.

Debajo se halla la tabla de Juan Sánchez mencionada al principio. En el muro inmediato lucen tres verdaderas joyas. La construcción del templo de Salomón, de autor anónimo pero de Escuela sevillana. La degollación del Bautista, atribuido á Lucas Jordan, cuadro valentísimo y de brillante colorido, y La Bienaventuranza, de Tintoreto. El segundo pasaba inadvertido, colocado á gran altura frente á la Capilla Real, el último, tampoco podía verse, pues, como cosa insignificante, había sido relegado á uno de los oscurísimos oratorios de la Sacristía de los Cálices.

En el murete inmediato: una Virgen con el Niño, de medio cuerpo, atribuida á Zurbarán, y la Magdalena, firmado G. DE REER. F. Ambos cuadros desconocidos. En cuanto á la firma del segundo no la hemos hallado en ningún Diccionario de los consultados. Suponemos que el restaurador, al emplastecer la parte del lienzo en que se encuentra aquella, alteró la escritura.

Ocupan los espacios de los lados de los pedestales: dos flores, un Crucifijo que se cree fué de los que pintó Murillo para los Capuchinos de esta ciudad, El Señor sentado á la mesa con los discípulos, de Emaus, de Maella, seis cuadritos preciosos de Antolinez con asuntos del Antiguo Testamento y en los machones de los arcos que dan acceso á los altares, dos cabezas, una de Ecce Homo y otra de la Virgen, anónimos y de regular mérito.

Sacristía de los Cálices.

Es un verdadero tesoro artístico; pues en ella, como en la Ma-

yor, se han coleccionado los más notables cuadros del Templo, que han venido á sustituir á otros endebles, los cuales desmerecían del lugar y de los que ya de antiguo avaloraban esta monumental dependencia. Todo, pues, lo que hoy vemos, armoniza por su mérito y es de lo más escogido y excelente que posee la Catedral. El primer cuadro colocado en el muro de la derecha de la puerta de entrada, es un excelente lienzo de Escuela Sevillana del siglo XVII y representa á San Pedro penitente, á los pies de Cristo atado á la columna.

Inmediatamente vemos: La imposición de la casulla á San Ildefonso, atribuido á Valdés Leal y debajo un Nacimiento de Antolinez; en las partes superiores del muro inmediato hay dos cuadros de la vida de San Pedro Nolasco, que se duda si serán de Zurbarán ó de Alonso Vazquez, sin que falte quien los atribuya á Vicente Carduccio, y enmedio una gran tabla de Alejo Fernández, con la imagen de San Pedro revestido de Pontifical. Debajo de las mencionadas obras luce un gran lienzo que la mayor parte de los inteligentes atribuye á Tiziano y otros lo suponen de Titorretto. Basta esta duda para hacer la apología del cuadro, tratándose de dos verdaderos genios de la pintura, y bien sea esta obra del uno ó del otro artista, ó de ninguno de ellos, que también pudiera ocurrir, pues en materia de clasificaciones de cuadros vemos á los doctos equivocarse fácilmente, es lo cierto, que puede calificarse este lienzo como el de mayor mérito que enriquece el Templo. Siempre estuvo colocado en oscuras capillas y siempre me despertó gran curiosidad; pero no pude sospechar nunca su excepcional importancia. Su hallazgo, por tanto, que así puede calificarse, bien merece cuanto se ha hecho, los gastos causados y las molestias sufridas.

Representa tan magistral pintura á *Los soldados de Gedeón bebiendo en el río* y bien querría estenderme en su descripción si los límites de estos ligeros apuntes me lo permitiesen. Felicitemos, pues, al Excmo. Cabildo por el descubrimiento de joya tan inestimable é igualmente felicitémonos cuantos hemos en aquél intervenido. Al lado derecho de este cuadro hállanse otros dos con el martirio de San Lorenzo, de autor anónimo, y un crucifijo con Santa Bárbara y San Ignacio de Loyola, y al opuesto lado un bellísimo Angel de la Guarda, obra de Francisco Barbieri (il Guercino) que hasta ahora no había sido posible ver bien, por el mal sitio que ocupaba en la Sacristía Mayor.

En el murete próximo, donde se halla el aguanil, hay otro cuadro de Llano Valdés, firmado y fechado en 1666, que representa á Nuestra Señora del Rosario entre ángeles y á sus pies de hinojos Santo Domingo y San Francisco, que mide 2'08 × 1'85.

A los lados del inapreciable Crucifijo de Montañés, que donara á la Cartuja de las Cuevas el famoso D. Mateo Vázquez de Leca, se halla una bella tabla con *N. Sra. del Pozo Santo* atribuida á Pacheco por unos, y por otros á Pablo de Céspedes. y al opuesto lado una *Concepción* que parece del primero de aquellos maestros. En el murete del lado del Evangelio, hállanse la Inmaculada tan conocida, del citado Pacheco, con el retrato de Miguel Cid el Padre Eterno con el cadáver de su Divino Hijo, firmado por Luis Tristán Faciebat Toleti—1626, y una interesante tabla del siglo XVI que figura el Calvario, con el retrato del donante; cuadro hasta ahora desconocido.

El gran muro del lado del Evangelio, además de los cuadros de Goya y Alejo Fernandez y de otros preciosos que siempre lo han adornado, se ha enriquecido con los siguientes, cuyo mérito, hasta ahora, no había podido apreciarse.

El cadáver de un santo religioso, ante el cual se ven enfermos y lacerados implorando la salud. Dos tablitas, desgraciadamente repintadas, con la Piedad y Flagelación del Señor (siglo XVI); un Crucifijo de los que se supone pintó Murillo para los PP. Capuchinos; otra tabla de la Resurrección, de estilo alemán, repintada y un pequeño y estimable bajorelieve, en alabastro, del siglo XVI, al estilo italiano, con el busto de la Virgen.

Siguiendo este mismo muro, está adornada la sacristía con los siguientes cuadros que había diseminados por otras dependencias y sitios del Templo, en los que difícilmente apreciábase su mérito. San Pedro en la prisión con el angel disponiéndose á librarlo de ella, de Juan de Valdés Leal; La Sagrada Familia, de los primeros tiempos de Murillo, y San Fernando, hermoso lienzo de la buena época del mismo autor.

Contaduría Mayor .

En el testero, frente á la puerta de entrada, *Un Crucifijo* de mediano mérito y de autor anónimo. Una *Concepción*, también de poco interés, de autor desconocido y de Escuela Sevillana de fines del siglo XVII ó de los albores del XVIII. Santas Justa y Ru-

fina con la Giralda, gran lienzo que mide 2'62 por 1'79, con figuras de tamaño colosal, que están deterioradas en algunas partes. Este cuadro ha sido también una revelación: está firmado en la parte inferior de la torre, en esta forma:

MIGVEL	
DESQIBEL	(1)
FACIEBAD	(2)

De este pintor no se tenían noticias ningunas, más que las halladas por nosotros y que consignamos en el tomo II de nuestro *Diccionario de artífices*. Sabíase solamente que en 1621 pintó los carros del Corpus; que murió el 11 de Septiembre del mismo año, que vivió en la calle de San Eloy y fué sepultado en la Magdalena. El hallazgo de este cuadro, de indiscutible mérito, que acredita que su autor seguía las enseñanzas de los maestros italianos, confirma una vez más nuestra aseveración de que tratándose de nuestros antiguos artistas, no hay noticia que sea indiferente, todas ellas contribuyen eficazmente al conocimiento de la importancia y significación que tuvieron. Por solo el dato de haber pintado unos carros para el Corpus?, podría juzgarse de su valía artística? Es un ejemplo exactamente igual al que nos ocurrió con otro buen pintor sevillano, Cristóbal de Morales, hasta aquí ignorado por completo y del cual hallamos la noticia de haber decorado con otros compañeros los arcos para la entrada del Emperador en esta ciudad, y poco después descubrimos en este Museo un cuadro con su firma, atribuido por la crítica á Pedro Fernández de Guadalupe. Citaremos, por último, dos cuadros con asuntos de la vida de San Pedro Nolasco, compañeros de los dos que mencionamos, en la Sacristía de los Cálices, trasladados de la capilla de los Dolores.

JOSÉ GESTOSO Y PÉREZ.

(Se continuará).

(1) La segunda E forma parte de la B.
 (2) La D forma parte de la A.

ADELARDO LÓPEZ DE AYALA.

Bosquejo de Estudio.

(CONCLUSI'N)

Probado queda, si alguien lo dudaba, que Ayala fué lírico de alto vuelo, escultor de la frase, prosista castizo, fogoso tribuno y trovador incomparable. Réstanos demostrar por obligación propia, más que por exigencia de la necesidad, que fué también y antes que todo, dramaturgo eminente.

Para otorgarle calificativo tan honroso, ¿en qué nos fundamos? ¿qué razones tuvimos? ¿nos obligó á ello su fama universal? ¿su nombre por todos respetado? ¿la fuerza de la rutina, en fin? No. Nos bastó para afirmarlo leer estos títulos: *Un hombre de Estado*, *El tejado de vidrio*, *El tanto por ciento*, *Consuelo*.

Si por desgracia nuestra hubiéramos ignorado la existencia de Ayala y una de aquellas inmortales obras llegado hubiera á nuestras manos, imponiéndose á la razón por su grandeza, nos hubiera hecho exclamar: quien esto escribe, digno es de que se le cuente entre Calderón y Lope, Sakespeare y Schiller, Tirso y Moreto.

Tiene de Calderón, la alteza de pensamiento, la transcendencia moral y la gallardía de la forma; de Lope, la inspiración caballeresca, la difícil facilidad y la emoción dramática; de Sakespeare, el conocimiento de las pasiones, la magestad sublime y las atrevidas imágenes; de Schiller, la belleza escultural, la energía de los caracteres y la perfección estética; de Tirso, el peregrino donaire, la agudeza del epigrama y la intención filosófica, y de Moreto el gentil discreto, la corrección de la frase y la rectitud de espíritu.

Amalgama feliz de tan peregrinos ingenios, pinta Ayala el cuadro inmortal de la belleza escénica, á la que sirve de marco la dorada embocadura del templo de la más divina de las artes; cuadro de soberbia composición y colorido espléndido; conjunto admirable de luz y de sombra; suprema encarnación de la verdad y de la belleza.

Ved en él agitarse como figuras de primer término al desventurado secretario del duque de Lerma, D. Rodrigo, que necesita un patíbulo para ser grande; á doña Matilde de Sandoval, su amante infortunada, que, en la grandeza de su pasión, si no comparte con él el triunfo, comparte la derrota: á la aborrecible D.^a Inés de Vargas, pérfida y sombría, como la trágica figura del ódio y de la venganza, envolviendo en sus mallas miserables á su mal aconsejado seductor y á la pura mujer que consiguiera sus amores; al cardenal-ministro, que cubre con la púrpura de su vestidura roja las maldades de su privanza inícuca; al lascivo príncipe, más tarde rey poeta; y como nota alegre de tan oscuro fondo, la simpática figura del capitán Enrique, pobre de inteligencia, grande de corazón, que ansía morir con el orgulloso favorito. Ved luego en otro grupo al galanteador incorregible, que no duda en mancillar la virtud de la infeliz esposa del amigo, sin advertir que la piedra arrojada contra la honra ajena viene de rechazo á golpear *El Tejado de vidrio* del propio honor; á la inocente víctima de Alfredo, que empujada por él, iba á ser su verdugo; al noble esposo de Dolores, que en su cariño vislumbra la miserable traición del ser amado, y en su bondad, cree la primer frase que la disculpa; al ángel que, poseido de mundano vértigo, se siente caer desde el cielo de la inocencia al abismo del pecado; y al fervoroso discípulo que aprovecha las lecciones en contra de su maestro. Ved más allá á la Condesa Isabel, sacrificada en el villano altar del odioso *Tanto por ciento*, lanzar los gritos de un dolor que solo consigue silencio criminal; á Pablo, sufriendo sus desdenes imaginarios y los vergonzosos manejos de la amistad interesada, llorar la pérdida de un alma que creía digna de la suya, y la perfidia del mundo que le rodea; tras ellos y en odiosa conjura, á Roberto, el sacerdote de la ambición sedienta é implacable y amigo de la infancia de una de las víctimas; á Petra, la mujer materializada, sin corazón ni más sentimiento que el del bienestar y el lujo; á Gaspar, su débil esposo, que por satisfacer los deseos de la que lleva su nombre, dá martirio á su honradez: á Ramona y Sabino,

contando por los dedos la ganancia presumible que por su venalidad puedan obtener contra la fortuna del señor y sobre la honra de la dama, y en los lejos del cuadro la sociedad que devora con ansia el fruto del escándalo. Ved después á Consuelo, la mujer que desprecia á Fernando, la que á Ricardo se vende, la que obedece á Fulgencio, la que desoye á su madre, por Fernando despreciada, por Ricardo vendida, engañada por Fulgencio y por su madre abandonada.

* * *

Comparamos á Ayala con Calderón, Schiller y Lope. ¿Qué puntos de semejanza descubrimos entre el más brillante dramaturgo del siglo de oro, el más sublime trágico de la altiva Alemania, el fénix de nuestros ingénios y el autor de *El hombre de estado*? Todos buscan su inspiración en la historia; pero ¿en qué hechos de la historia? En aquellos que no son fruto de preocupaciones del momento, que no se desarrollan en el ambiente de determinadas épocas; que se realizaron ayer, que se realizan hoy y se realizarán mañana.

Calderon, al trazar su maravillosa *Vida es sueño*, se inspira, es verdad, en un hecho encarnado, al parecer, en los anales de Polonia; pero en ese hecho palpitan los mismos sentimientos que en el presente siglo. El hombre-fiera, por viciada educación, al entrar en la realidad del mundo, suaviza sus rudos instintos, y se convierte en el magnánimo príncipe que se engrandece perdonando; tan gallarda figura no constituye un privilegio de la pasada edad, alienta en nuestros días y será eterna. Segismundo, más que personaje de un drama, es un ser que vive entre nosotros. Es el mónstruo de la selva que se convierte en el hombre civilizado.

Al crear Schiller su *Príncipe D. Carlos*, evoca, es cierto, un carácter histórico; pero condensa en él el ansia de mandar, el satánico orgullo que es, por desgracia, de todos los tiempos y de todas las horas.

Al bosquejar Lope el magnífico cuadro de *El castigo sin venganza*, alude á una trágica escena que figura en la historia de la casa de Austria (1); pero causas de esta escena son el amor cul-

(1) Aunque Lope fija la acción de esta obra en córte extranjera y dá á sus personajes nombres extranjeros también, asegúrase que aquella acción se refiere á España y que se desarrolla entre Felipe II, su esposa y el príncipe D. Carlos.

pable y el honor ofendido. ¿Y estos dos sentimientos, han dejado alguna vez de dominar la tierra?

Ayala, al resucitar á D. Rodrigo Calderón, inspírase en las páginas del ayer; pero elige al infortunado marqués de Siete Iglesias para condenar en él una pasión tan vieja como el mundo; el endiosamiento del átomo imperceptible; del paje que osa compararse delante de su antiguo dueño, con el César Carlos V, exclamando en un arranque de inconcebible soberbia:

«Nunca el dueño del mundo, Carlos quinto,
Hubiera reducido su persona
De una celda al mezquino alojamiento,
Si no hubiera tenido una corona
Que arrojar á las puertas del convento.» (1)

* * *

Decíamos que recuerda Ayala en ciertos pasajes la manera especial de Tirso y la suprema elegancia de Moreto. Hemos de comprobarlo transcribiendo fragmentos de una de las admirables escenas de *El tejado de vidrio*, obra quizá en que más se asemeja á aquellos peregrinos ingénios.

Aludimos al chispeante diálogo entre Carlos y Alfredo; en que refiriendo aquel como va ganando terreno en el corazón de Julia, al pronunciar su nombre hace que el conde recoja la piedra que arrojara al tejado de su engañado amigo:

Hé aquí la escena:

.....

CONDE. ¡Aplaudo tu confianza!
CÁRLOS. Adivina quien es ella.
CONDE. Da una seña.
CÁRLOS. La más bella...
CONDE. Dolores.
CÁRLOS. Fuera de chanza.
CONDE. Niña que huyendo se va
Con el primero que ve...,
Vamos: será la que fué...
CÁRLOS. Nada ha sido: lo será.
CONDE. ¿No es Jacinta?
CÁRLOS. ¡Gran victoria!
CONDE. Será la Juana...
CÁRLOS. ¡Bah!

(1) *Un hombre de Estado*, acto segundo, escena XIX.

- CONDE. Dime...
- CÁRLOS. Regla general: suprime
Las que ya tienen historia.
-
- ¡Qué torpe! Discreta y moza,
Gallarda, nueva en la lid.
¿Quién puede ser en Madrid
Sino Julia de Mendoza?
- CONDE. ¡Julia! ¡Qué!..
- CÁRLOS. ¡Chico! ¡Te has puesto
Más blanco que la pared!
- CONDE. Julia...
- CÁRLOS. Quizás de tu red
Se escapó. Sé franco. Apuesto
A que me tienes envidia.
- CONDE. Julia...
- CÁRLOS. ¡Julia! ¿No convence
Mi placer...? Y ¿á quien no vence
El que con tus armas lidia?
- CONDE. Tú me dijiste que estaba
Casada, y esa...
- CÁRLOS. Si tal:
¡Si es historia original
La de esa Mujer!...
- CONDE. Acaba.
- CÁRLOS. A fin de que su desdén
Me inspirase más respeto,
Me dijo como en secreto
Se había casado.
- CONDE. ¿Y con quién?
- CÁRLOS. ¡Ah! ¡No!
- CONDE. Si casada está,
¿Cómo accede á tu demencia?
- CÁRLOS. ¡Apenas hay diferencia
De un marido á una mamá!
- CONDE. Si es tu amigo...
- CÁRLOS. ¡Esas tenemos!
- CONDE. Ella, ¿no te dió un indicio?...
- CÁRLOS. Pero ¿han de ser del Hospicio
Las mujeres que tratemos?
- CONDE. Tienes memoria...
- CÁRLOS. ¡Pues ya!
- CONDE. Pero di; ¿si él no se aviene?...
- CÁRLOS. Al marido le conviene
Casi siempre.
- CONDE. ¿Cómo? ¡Ah!
- CÁRLOS. Otro axioma.
- CONDE. Eres un mozo...

CARLOS. ¡Eh! ¿Te imito? ¿Estás contento?

CONDE Y el ¿quién será?

CARLOS. Mucho siento

Ignorarlo.

CONDE. ¿Sí?

CARLOS. No gozo

El contraste divertido

Que forma en esta borrasca

La figura de tarasca

Del alelado marido.

Que ni sabe lo que pasa,

Ni toma parte en la fiesta,

Hasta que el pelo le tuesta

El incendio de su casa. (1)

.....

Decid: ¿no se enorgullecerían con tan galanos versos el autor de *Marta la piadosa* y el creador de *El desdén con el desdén*?

* * *

¡Sakespeare! ¡Divino Shakespeare! musa del *Hamlet*, tu inspiraste sin duda el conmovedor monólogo de Fernando. Oscuro, muy oscuro, es el problema que se agita en la mente de tu héroe. Sombrío, muy sombrío es el que desgarrá el corazón del desdeñado amante de Consuelo. Gritos de dolor, ayes del alma, acentos de la desesperación y de la ira, vacilaciones de la conciencia, risas que lloran, celos que matan; hé ahí, en síntesis amarguísima, lo que expresan las palabras de los dos seres á quienes dieran vida las espléndidas fantasías de aquellos genios.

¡Ayala! ¡Divino Ayala! Musa de *Consuelo*... habla tú, y callemos nosotros:

«Sola en casa de once á una

Mañana...» ¿Estoy delirando?

«Ven, y hablaremos, Fernando,

De nuestra varia fortuna.»

Punzante frío penetra

Mis huesos. No es sueño, no.

Es mi nombre; lo escribió

Su mano letra por letra....

Brilla entre ellas cariñosa

Su mirada; oigo su acento;

Y... ¿Quién lo creyera? ¡Siento

(1) *Tejado de vidrio*, acto tercero, escena XI,

Una angustia dolorosa!
 ¡Dichas que yo merecí
 En cambio de amor sincero;
 Por tan oscuro sendero,
 Que tristes llegais á mí!

.....
 Surge al par que mi deseo,
 De la vida que me aguarda
 El cuadro.... ¡Y no me acobarda!...
 ¡Y es horrible!... ¡sí! Ya veo
 El acechar escondido;
 La perdurable falsía;
 El placer sin alegría;
 El tormento sin gemido;
 Afectos que se reprimen;
 Conflictos que la impostura
 Protege; y como ventura
 Suprema, ¡paz en el crimen!
 Cace tu latir extraño, (*al corazón*)
 Y préstame decidido,
 O virtud para el olvido,
 O infamia para el engaño!
 Huir... ¡Mil veces huiría,
 Y el papel que ahora recibo,
 Como á esclavo fugitivo,
 A sus pies me arrastraría
 Mil ves! ¡Honor!. . ¡Deber!...
 Calle, conciencia, tu grito;
 Si no impides el delito,
 ¿Por qué turbas el placer?...»

.....
 Ni ella le quiso ni él la ama.
 Los unió la ceguedad...
 Fué un niño... ¡Solo es verdad
 Que la adoro y que me llama! (1)

.....

No es posible reflejar por modo mas feliz los encontrados sentimientos del hombre honrado que, para conseguir el objeto de su amor, tiene que avillanarse; no es posible hallar acentos que retraten mejor aquella titánica lucha. Recordamos, á pesar de los años transcurridos y de los pocos que contábamos entonces, la emoción, la profunda emoción que produjo en la escena de nuestro clásico coliseo el monólogo de Fernando, al que solo faltaba,

(1) *Consuelo*, acto segundo, escena XX.

para tocar en lo sublime, que le prestase calor y vida el nunca bien ponderado Antonio Vico. Más que cuanto nosotros pudiéramos decir, dijo con su frenético aplauso el público que oyó por vez primera esa inspirada obra que se llama *Consuelo*.

* * *

La nota más brillante de una cláusula musical, siempre ha de ser la última; por eso hemos dejado *El tanto por ciento* para dar con él digno remate á nuestra árdua empresa.

Es *El tanto por ciento* una de esas obras originalísimas, en las que no se acierta á decidir qué es lo más admirable, si la grandeza del pensamiento, el problema que encarna, la franqueza con que está expuesto, la brillantez de los caracteres, ó la correcta forma que le sirve de medio sensible de expresión. Ni una escena, ni un concepto, ni una frase huelgan en creación tan peregrina, y están tan hábilmente unidas entre sí, que bien pudiera decirse que cada uno de ellos constituye una cuerda de lira progresiva y armónica.

Desde el primer acto, modelo de exposición, hasta el magnífico final del acto segundo, que siempre producirá el mismo maravilloso efecto que produjo en la noche de su estreno, cuando Teodora Lamadrid y Pedro Deigado le prestaron el concurso de su grandiosa inspiración, y desde tan soberbia escena hasta la última del acto tercero, el interés crece, los conceptos se abrillantan, las frases se elevan, la emoción estética, en fin, llega á su colmo.

Por lo que á nosotros se refiere, confesamos que nunca hemos sentido en el teatro mayor angustia, más indignación, más soberano desprecio, que ante aquel cuadro aterrador, ligeramente bosquejado por nosotros antes de ahora, al trazar á grandes rasgos las cuatro obras más salientes del príncipe de nuestros poetas del siglo XIX.

Aun ahora; al trasladar aquí aquel conmovedor final, sentimos que se apodera de nuestra alma una aflicción profunda, cada vez más viva, que nos obliga á lanzar con Pablo el grito que le arranca la desesperación de la infortunada Isabel.

Dice la escena:

CONDESA.

...¡Dios mío!

¿Por qué me matan, por qué?

Tú de esta inícuca sentencia
 el mismo agravio recibes ..
 ¡Y él aquí! ¡Por qué no escribes
 en el rostro la inocencia!
 Y ¿pensais que estos agravios
 me envilecen? ¡Qué sandez!
 ¡Qué!... ¡La virtud, la honradez
 dependen de infames labios!
 ¡Soy honrada! y aunque vea
 el orbe lo que sucede,
 el orbe entero no puede
 hacer que yo no lo sea!
 Si yo me debo quejar
 á mí misma, á mí que vengo
 á pedirles lo que tengo,
 lo que ellos no pueden dar.
 ¡Mi honra! quién os la pide,
 si siempre me ha acompañado!
 La debo á Dios, que me ha dado
 el alma donde reside!
 Callad! Destrozadme así.
 Ya todo me importa nada,
 que me basta ser honrada
 para Dios y para mí!
 ¡Y lo soy! y ese desden
 no me aflige... no me altera...
 ¡Ay, Pablo! Si yo pudiera
 serlo para tí también!!...

PABLO. (¡Callan!...)

CONDESA. Miralos atento.

¿Ves que aspecto tan sombrío?
 ¿Por qué si el delito es mío,
 es vuestro el remordimiento?

PABLO. (¡Y callan!...)

CONDESA. ¿Por qué temblais?

¿Lo ves? Temblando se hallan.
 ¡Todos tiemblan!... ¡Pero callan!!

PABLO. ¡Infames! ¡por qué callais!

¡Yo solo tengo derecho
 á juzgar sus extravíos,
 pero á vosotros, impíos,
 esta infeliz ¿que os ha hecho?...
 ¿Por qué no sale una voz
 de esas entrañas de roble?
 Cualquier mentira es más noble
 que ese silencio feroz...
 ¡Si ya juzgo que la mengua
 es vuestra y ella inocente!

Y si alguno me desmiente
le voy á arrancar la lengua!... (1)

¿Y habrá alguien que después de leer tan hermosos parlamentos nos tache de exagerados al proclamar príncipe de la pátria escena al imortal Ayala? ¿Habría alguno que no pusiera una hoja de laurel en la espléndida corona con que ciñó su frente en noche memorable, Madrid entero? Si hubiera alguno, ese, fuera indigno de ser español; á mengua tuviéramos el llamarle hermano.

* * *

¿Implica lo dicho que Ayala salve en todas sus obras la imperfección humana y alcance la divina perfección? ¿No hay nubes en el cielo de su gloria? ¿Vence al sol y no descubre mancha alguna que le empequeñezca? ¡Es hombre, no es Dios! ¿Qué extraño que el error le humille y le saipique el lodo? Pero digamos con Tama-yo: cuenten otros sus defectos; enumeremos nosotros sus grandezas.

Y que Ayala fué grande es un axioma, como lo es que Quintana y Espronceda también lo fueron.

Los tres representan las extremeñas musas y cada uno escribe con letras de oro una página imperecedera en el libro de la historia. Quintana con su arrogante lira; con sus vehementes cantos Espronceda; Ayala con su noble acento, levantan una oda magnífica que resonará eternamente.

Lástima que sus ecos maravillosos no inspiren nuevos himnos á los descendientes de Cortés y de Pizarro, y que esta noble tierra, al contemplarse huérfana de génius creadores, haya de repetir con el autor de *Consuelo*:

«¡QUÉ ESPANTOSA SOLEDAD!»

ANTONIO ARQUEROS.

(1) *El tanto por ciento*, acto segundo, escena XXI.

Versión castellana de dos Silvas de Estacio

SILVA 4.^a DEL LIBRO II

El Papagayo de Melior

Papagayo, rey de los pájaros, encanto parlero de tu amo; papagayo, hábil imitador del lenguaje humano, quién ha cortado tu voz con muerte tan imprevista? Oh digno de lástima, tú que estando próximo á morir compartiste ayer conmigo la comida; yo te ví coger los manjares de mi agradecida mesa é ir de un lado á otro sobre mi cama, transcurrida más de media noche; me había hablado y repetido palabras aprendidas; mas tú, pájaro tan charlatán, sufres ahora el eterno silencio del Leteo. Desaparezca la fábula vulgar de Faeton; no son los cisnes los únicos que celebran sus funerales.

Pero qué resplandeciente era tu jaula adornada de brillante concha, y el enrejado de plata entrelazado con el marfil, y las puertas que resonaban agudamente con tus picotazos. ¡Ved aquí las puertas que por sí mismas gimen como para llorarle; aquella feliz prisión está desocupada, y en ninguna parte del estrecho recinto se oyen tus palabras burlonas.

Reúnanse aquí los pájaros sabios, á quienes la naturaleza ha concedido el noble don de la palabra: maltrátese en medio de su aflicción y llanto el ave de Febo (el cuervo) y el estornino que pronuncia las palabras oídas y grabadas profundamente en la memoria; y las picazas vencidas en el certamen poético, y la perdiz que repite palabras ligadas y la hermana que inconsolable gime en los bosques de la Tracia; aportad á una el tributo de vuestros gemidos; haced con amor los funerales de los cognados, y aprended todas este canto fúnebre:

«Ha muerto el papagayo, gloria celebérrima del pueblo de los aires, el soberano de la región de la aurora, á quien no aventajaba en belleza el ave de Juno (el pavo real) de cola salpicada de perlas ni el ave del helado Fasis (el faisán) ni las que los Numidas cazan cuando sopla el húmedo Austro.»

Ya no existe el que saludaba á los reyes, y pronunciaba el nombre del Cesar, y que en otro tiempo hizo las veces de un amigo doliente: no ha mucho convidado agradable y tan complaciente que repetía las palabras enseñadas, cuando su jaula estaba abierta, nunca te encontrabas solo, querido Melior. No desciende empero sin gloria á las sombras; sobre sus cenizas se quema el

amomo Asirio; su ligero plumaje exhala los perfumes de la Arabia y del azafrán de Sicilia; el Fenix rendido por una lánguida vejez nunca subió á la pira con más ricos funerales.»

SILVA 5.^a DEL LIBRO III

Carta de Estacio á su mujer

Por qué, esposa mía, triste de día y de noche exhalas con inquietud profundos suspiros que quitan el sueño? No temo que tu fidelidad se haya quebrantado ni que otro amor tenga cabida en tu pecho: ninguna flecha de amor puede herirte, aunque Ramnusia (Nemesis) oiga estas palabras con semblante colérico. no, no puede ser; y aun cuando yo, trasladado á las orillas de mi patria, vagara cuatro lustros completos de combate en combate, de mar en mar, harías huir inflexible á mil pretendientes, sin simular la astucia de volver á tejer las telas cortadas por medio, sino que claramente y sin disimulo hubieras rechazado á los importunos hasta por la fuerza.

Dime, sin embargo, por qué tienes la frente alterada y triste el semblante? Acaso, porque viejo me preparo á volver á mis penas euboicas y á enterrar mi ancianidad en el suelo patrio? Por qué es esto triste para tí? En verdad, tu corazón no siente gusto por los placeres frívolos, ni te embelesan los combates del Circo furioso, ni cautiva tus sentidos la muchedumbre del teatro que resuena con la gritería, sino la honradez, el retiro no visible y los goces siempre puros. Mas por qué olas te arrastro en mi compañía? Aunque yo fuera á fijar mi residencia cerca de la Osa glacial (el polo ártico), ó más allá de los mares tenebrosos de la occidental Tule (isla) ó de la fuente misteriosa del Nilo que desagua por siete bocas, tú compartirías el viaje. En efecto (Venus me conserva benigna hasta la vejez á la que se unió á mí en la flor de los años) yo he aceptado contento y docil tus leves—Claudia,—porque tú, con la primera flecha de tu amor, me heriste, siendo yo por entonces joven inconstante y no conocedor de otro hime neo y que no había de mudar el freno, una vez introducido en mi boca, sino que cada día lo aprieto más. Tú me estrechaste contra tu seno, al obtener por tercera vez los premios de Alba, de brillantes hojas y al ser ceñido con el oro sagrado del Cesar; tú diste á mis guirnaldas besos apasionados; cuando los premios capitolinos fueron negados á mi lira, tú, vencida conmigo, te dolías de la crueldad é ingratitud de Júpiter. Tú oyes con oído atento las primeras palabras que brotan de mis poemas y los versos pronunciados en voz baja; tú sola eres confidente de mis largos trabajos y mi *Tebaida* creció con tus años.

Cual te vi yo, casi arrebatado poco há á las sombras Estigias, cuando oía el ruido de las aguas del río Leteo y abrí los ojos cerrados ya por la muerte leve! Sin duda Laquesis sólo por compa-

sión á tí me ha concedido prolongar mi gastada vida y los dioses soberanos han temido tu odio. Después de ésto, aún dudas hacer un corto viaje y acompañarme á mis amadas riberas?

El cráter del Vesubio y la erupción de llamas del terrible monte no han despoblado hasta tal extremo las ciudades espantadas, ellas se conservan de pie y florecen por el número de sus habitantes. Allí están el templo construido bajo los auspicios de Apolo, el puerto y las playas del Puzol, á donde acuden navegantes de todas las partes del mundo; allí existen murallas semejantes á la extensión de la dilatada Roma, las que pobló Capis con Troyanos fugitivos; rica en ciudadanos y rica en extranjeros es mi amada Parténope (Nápoles), á la cual, llevaba al otro lado de los mares (por los colonos venidos de Grecia) el mismo Apolo señaló por la paloma de Venus este delicioso emplazamiento. Yo me empeño en llevarte á este lugar (porque mi suelo natal no es la Libia ni la bárbara Tracia), que templan el benigno invierno y el fresco verano y le baña el tranquilo mar con sus dormidas olas. Allí reina una paz sin alarmas, una ociosidad propia de la vida desidiosa, una tranquilidad jamás turbada y sueños no interrumpidos; no se conocen los debates del foro ni las leyes severas de los procesos, la equidad sola sin el recurso de las haces constituye el derecho para los hombres.

Para qué he de alabar yo los magníficos panoramas, la belleza de los sitios, los templos, los paseos separados por innumerables columnas, la doble construcción del teatro cubierto y del descubierto, y las fiestas quinquenales parecidas á las capitolinas que se celebran cada cinco años?

A qué alabar las risas y la libertad de Menandro, que moderan la dignidad romana y la licencia griega? Los diversos placeres de la vida abundan en los alrededores: ora te agrada visitar la thermal Bayas, playa encantadora, ora el santuario inspirado de la profética Sibila (de Cumas) y la montaña célebre por el remo Troyano (de Miseno); ora los perfumados viñedos del monte Gauro, el pais de los Teleboos (isla de Caprea), donde su faro, rival de la errante luna, alza su luz grata á los impacientes marineros; las colinas Sorrentinas estimadas por su vino áspero, las cuales embellece notablemente mi amigo Polio su morador; las aguas medicinales de Enaria (isla volcánica) ó las Estabias, nacidas del seno del mar.

Te detallaré los mil encantos de mi patria? Basta, esposa mía, basta decir esto: ella (mi patria) me ha criado para tí y ligado mi destino al tuyo por una larga serie de años. Por ventura, no es ella digna de ser considerada como madre y nodriza de los dos? Mas soy un ingrato al extenderme tanto y dudar de tu afecto: vendrás, amadísima esposa, y hasta me tomarás la delantera: sin mí el Tiber, Soberanos de los rios y la ciudad del belicoso Quirino (Rómulo) carecerán de atractivos para tí.

UN APRENDIZ DE LATINISTA.

LA MUSA POPULAR ⁽¹⁾

Al Sr. D. Ricardo Serra y Pickman.

I

Yo soy la Musa
de los cantares,
casta y sencilla,
todo verdad;
yo soy la Musa
franca y discreta;
vivo en los campos
y en la ciudad.

Yo soy la Musa
de los cantares,
que alegre vuela
de flor en flor.
Soy sentimiento,
soy armonía,
la luz, la patria,
la fé, el amor

Llego á la ermita,
y ante la Virgen
coplas inspiro
llenas de fé:
«Reina del Cielo,
dice la moza,
que no me olvide
pues moriré.»

«Virgen del cielo,
la madre gime,
para mis hijos
dadme salud.
Todas las tardes,
cuando el sol muera,

vendré á ofrecerte
mi gratitud.»

De la guitarra
las cuerdas vibro,
al par que entono
coplas de amor;
y muevo alegre
las castañuelas:
yo soy del pueblo
fiel trovador.

Son mis cantares
cual mariposas:
por entre flores
van en tropel .
Porque yo vuelo
de labio en labio,
poniendo en todos
sabrosa miel.

Por las besanas
y por las eras
coplas dolientes
déjanse oír...
Si tras los cerros
contestan otras,
dos corazones
logro fundir

En el recinto
de oscura cárcel
distraigo al preso
de su aflicción:
llevo en mis alas,
de alegres días,

(1) Leída por su autor en la fiesta que la Asociación de catedráticos y alumnos de la Universidad Hispalense celebró el día 12 de Marzo de 1909, en honor de Santo Tomás de Aquino.

dulces memorias,
grata ilusión.

Arrullo el sueño
del tierno niño
que en mi regazo
logra dormir...

Velo amorosa
junto á su cuna
mientras el alba
vuelve á lucir.

Por Noche-buena
soy villancico
que llano y montes
cruza veloz;
y en los palacios
y en las cabañas,
«¡Hermanos somos!»
dice mi voz.

En las batallas
soy trompa bélica
que á los soldados
lleva á luchar.
Doy los laureles
de la victoria;
alegre triunfo
por tierra y mar.

En claras noches
de limpia luna
llego á la reja,
nido de amor,
cantando trovas
apasionadas
como los trinos
del ruiseñor.

Con el marino
soy barcarola:
el mar revuelto
cruzo con él;
logro que salve
sirtes y escollos;
rizo las velas
de su bajel.

Desciendo al pozo
donde el minero
gime rendido
bajo su cruz;
y generosa

le doy raudales
de frescas brisas,
de ardiente luz.

Soy el suspiro,
soy la nostalgia
del que abandona
patria y hogar;
porque recuerdo
los santos lares
con las cadencias
de mi cantar.

II

¡Oh santa Musa
de los humildes
de blanca veste,
de noble faz!
Tú jamás turbas
entre los hombres
la bienhechora
bendita paz

¡Oh noble Musa
de los cantares,
luz, armonía,
vida, calor!
¡Eres la patria,
la madre eterna,
vital aliento
de casto amor!

III

Hay otra Musa
de mustios labios
que la impudicia
torpe secó;
Musa liviana
de las plazuelas;
pero esa Musa
no eres tú, no!

Musa que surge
del negro lodo,
por ser del mundo,
fué siempre así.
¡Musa bendita
de los cantares,
tú eres del Cielo,
no eres de aquí!

LA OCASIÓN DE AMAR

(NOVELA ESCÉNICA)

(CONCLUSIÓN)

MORA.—En un principio me reí de Vd. con insana complacencia, después, al observarle, comprendí todo lo cruel de la broma y hacia Vd. fueron mis simpatías. (*Caminan hacia la habitación de Mora*). Es un fenómeno la psicología de esta mujer, que solamente goza viviendo en perpétua comedia, representando estas ú otras farsas de amor por el solo capricho de ver sufrir á sus amantes...

D. AGUSTIN.—(*Del brazo de Martínez regresan del comedor*). Chico, ha revivido todo mi amor ¡está hermosa, hermosa! es un fruto en plena madurez y como dicen los poetas, tiene el encanto de una plácida tarde de Otoño, de una puesta de Sol. Me prometo horas de suprema felicidad. (*Saca un buen cigarro habano y le corta la punta para encenderle*).

MARTINEZ.—(*Quitando el cigarro á su amigo*). No, Agustín, trae. Te han prohibido fumar y yo no puede consentir...

D. AGUSTIN.—(*Defendiendo el cigarro*). ¡Deja, hombre!

MARTINEZ.—¡Que nó! Y un cigarro tan tremendo... Me lo fumaré yo, porque si te lo dejo... (*Enciende el cigarro*). ¿Y tú estás seguro de la victoria?

D. AGUSTIN.—¡Claro! Es una mujer que me ha querido como no puede querer otra y al venir á buscarme después de tanto tiempo...

MARTINEZ.—Según, según. Lo que me cuentas pudiera ser el capricho de una mujer novelera.

D. AGUSTIN.—¡Ca, tonto! Pura coquetería. Tácticas de mujer experta que sabe hacerse apreciar, estas mujeres que lo saben todo, que han pasado por las pasiones y conocen nuestras humanas debilidades, son las que pueden hacernos gozar de los mejores momentos de amor.

MARTINEZ.—¡Eres doctor en estas cosas!

D. AGUSTIN.—Ven hacia la biblioteca, aquello está muy tranquilo

y cuando ella baje podremos hablarla sin que llamemos la atención.

MARTÍNEZ.—Y yo mientras tanto leeré á Santa Teresa. ¿No es eso?

D. AGUSTIN.—Perdona, hombre. Estando tú no puede sospechar Claudia... Anda, mientras baja tomaremos café... Es decir, si me dejas, porque me lo han prohibido.

MARTÍNEZ.—¡Ah! El café es distinto, no te hará daño, vamos. Yo lo tomaré con unas galletitas porque el *menú* me dió el gran chasco. ¿Sabes lo que eran los *cœurs de romaine* y los *asperges monsseline*?... (*Van hacia la biblioteca*).

LUIS.—(*Atraviesa apresuradamente el vestíbulo demostrando gran agitación. Se dirige hacia el comedor y tropieza con Lucía*). ¡A buscarla á Vd. iba. pérfida criatura!

LUCIA. ¿De Vd. y todo? No quiero ser menos. Vos direis, monseñor, qué se os ofrece.

LUIS. ¡Ah! si tú supieses el dolor que sufre mi alma, no persistirías en tu burla.

LUCIA.—(*Cómicamente*). ¡¡Ah!!

LUIS.—¡Por Dios, Lucía, no te complazcas en destrozarme el corazón!

LUCIA.—Pero tontín...

LUIS.—Acabo de hablar con Mora.

LUCIA.—(*Alarmada y confusa*). ¿Con Mora?

LUIS. Sí, con esa otra víctima tuya que aún tiene la cobardía de seguir amándote.

LUCIA.—¡Oh, perdóname Luis! (*Avergonzada*).

LUIS.—¡Perdonar!... Si no temiese que mi odio hiciera más ridícula aún la situación, te odiaría; pero me basta con despreciarte.

LUCIA.—(*Con sincera pasión*). Todo lo merezco; pero escucha Luis... Tal vez no me creas... Yo te amo lealmente... y ahora más que nunca, como amamos todo lo que nos huye, todo lo que vemos imposible.

LUIS.—¡Calla, calla, insensata! ¿No ves el dolor, la desilusión tan amarga que sufro al ver impura y despreciable á la mujer que mi alma ingénua colocó por cima de todos los ideales? ¿No ves, perversa criatura, que me ahogan las lágrimas al sentir destrozadas todas mis ilusiones?... Prefiero que te rias de mi ridículo, que celebres tu perverso triunfo, á que te empeñes en seguir una farsa tan dolorosa para mí.

LUCIA.—No, Luis, no es farsa; es la realidad pura; creo en tu dolor y no juzgo ridículo que sufras al encontrar en vez de la mujer de tus ensueños la más execrable. Merezco tu desprecio, pero si me comprendieses lo trocarías por compasión. Comencé como un pasatiempo estos amores románticos y al verlos imposibles, después de todas las felicidades que me han hecho concebir, siento tal amargura, tal desprecio hacia mi misma...

LUIS.—¡No mientas más!

LUCIA.—¿Con qué objeto iba á hacerlo? Yo te probaré que no miento, que mi cariño es sincero. Huyamos para refugiarnos en cualquier sitio; allí te consagraré mi vida; mi hermosura, mi vanidad, todo. Yo que derroché fortunas y desdeñé el amor de poderosos, me arrastraré á tus pies mendigando una caricia... Haremos realidades tus ensueños...

LUIS.—Lo que soñaba creyéndote pura, no tiene realización siendo como eres, y lo que hubiese sido una felicidad conociéndote como eres, no es realizable por haberte concebido pura. Ni te quiero, ni te deseo; me repugnas, te desprecio; tú eres la primera que abrió mi alma al amor, y la primera que la llenó de desilusiones; Dios y las que te sucedan en mi corazón te lo perdonen.

LUCIA.—*(Sollozante)*. ¡Ay, Luis; no ves, no puedes ver toda la tragedia con que termina mi farsa!

LUIS.—Así es la vida, no sabemos cuando termina lo bufo y empieza lo trágico, ni cuando una carcajada sirve de careta á un quejido. *(Vase hacia la serre, Lucía quédase un momento llorando y después viendo entrar gente disimula y se va hacia su habitación)*.

MARTINEZ.—*(Viene discutiendo con un camarero que lleva un vaso de leche en una bandeja)*. No, garçon, no. Luegue á la chambre.

GARÇÓN.—¿Comme?

MARTINEZ.—¡Qué luego lo suba Vd. á la habitación del señor!

GARÇÓN.—*Je ne comprend pas*.

MARTINEZ.—Bueno, hombre, venga, así no hay líos. *(Bébase la leche. Voila y le dice con señas)*. Luego otro al cuarto.

GARÇÓN.—¡Oh, sí! *(Vase)*.

ISABEL.—*(Viene hablando con D. Agustín)*. No, no. Aquí, donde todo el mundo pueda vernos.

D. AGUSTIN.—¡Qué capricho! En la biblioteca hubiésemos estado aislados y tranquilos.

ISABEL.—Aquí lo mismo. Ven, siéntate. *(D. Agustín hace señas á Martínez para que se marche y tenga cuidado con la familia)*. Voy á enseñarte mis reliquias, tus recuerdos. *(Abre una cajita que trae en la mano)*. Mira, tu retrato.

D. AGUSTIN.—No, no quiero verle. Nada entristece tanto como una fotografía de cuando nos creíamos seductores.

ISABEL.—Conservas parecido.

D. AGUSTIN.—Sí, un aire como suele decirse, en este caso sí que verdaderamente son odiosas las comparaciones.

ISABEL.—Flores secas. *La botoniere* que te quitaba celosa cuando regresabas de una fiesta.

D. AGUSTIN.—¡Bonitas están! Tampoco pueden negar los años.

ISABEL.—Como nosotros, que también somos unas pobres flores secas... La última carta que recibí tuya ¡cuantas lágrimas han caído sobre ella! *(Desdobla el amarillento papel y lee)*. «Isa-

bel de mi alma. No admito el sublime sacrificio que quieres imponerte, ni tampoco yo puedo unirme de por vida á una mujer fea, ordinaria y que me es odiosa. Realicemos lo que proyectamos anoche; tenlo todo preparado para el lunes, nos iremos muy lejos...»

D. AGUSTIN.—Calla, calla. Me avergüenza esa carta. Rompámosla.

ISABEL.—(*Guardando presurosa la carta*). No destruyas estas inapreciables reliquias. Es lo único que de las felices horas de amor podemos conservar los viejos. Unas flores secas, unas cartas amarillentas. Es todo lo que resta de nuestra juventud. Tienen tanto valor para mí este montoncito de nonadas!

D. AGUSTIN.—Consérvalas ya que tanto las veneras. Mira, yo también antes, soñando con nuestra felicidad futura, se me ocurrió amueblar un gabinetito semejante en todo lo posible al azul aquel donde tan felices fuimos. ¿Le recuerdas?

ISABEL.—Hasta en sus menores detalles y nos será fácil reconstituirle porque conservo algunos muebles y adornos de entonces.

D. AGUSTIN.—(*Muy insinuante, aproximándose á Isabel y tomándole la mano*). En ese gabinetito al que tu comunicarás el encanto de tu personalidad, procuraremos revivir aquellas felices horas. Tú por las noches me esperarás impaciente, te contaré mis luchas y amarguras del día para que me consules. Luego nos olvidaremos de todo para acordarnos de nosotros mismos. Los días de fiesta los pasaremos en el campo, comiendo opíparamente y luego corriendo y jugando...

ISABEL.—Te olvidas del reuma y de la dispepsia.

D. AGUSTIN.—(*Cortado*). Es verdad... como te veo á tí tan joven, tan hermosa, creo que yo estoy lo mismo.

ISABEL.—¿Joven yó? ¡Cuanta desilusión te espera! Compostura, todo compostura, hijo mio; cuando las mujeres pasamos de los cuarenta, vivimos en perpetuo carnaval.

D. AGUSTIN.—Tú, no. (*Muy insinuante*). Estoy por decirte que me gustas ahora más que nunca... Me entusiasmas. Escucha, Isabel, luego, esta noche... en tu habitación... Yo subiré tarde...

ISABEL.—(*Con brusca transición*). ¡Basta! No quiero alentar por más tiempo tu deseo, te he dicho antes que para nosotros pasó la ocasión de amar y pasó para siempre.

D. AGUSTIN.—¿Qué quieres decir?

ISABEL.—Los hombres os dejais engañar facilmente por todo lo que halaga vuestro amor propio y vuestros deseos. ¿Es verosímil que al cabo de los años venga á ofrecerte mi amor brindándome á ser tu querida? Aquí me trajo un amor, sí; pero no el que tú crees, sino otro más grande, más verdadero, el que me ha dignificado. ¡Ese pobre teniente á quien repudias, es mi hijo!

D. AGUSTIN.—¡Tu hijo!

ISABEL.—Llegó hasta mí llorando su desgracia, avergonzándose

de no tener padre, de ser pobre. Supe entonces con sorpresa que eras tú quien le rechazaba y por él lo arrostré todo. Salí de mi vida obscura para venir á pedirte la mano de tu hija; segura de que no me la negarías.

D. AGUSTIN.—¡Eso es imposible!

ISABEL.—¿Imposible? ¿Y lo dices tú que hace un momento me jurabas tanto amor? Tú que casi eres el culpable de que mi hijo no tenga apellido... Allí tienes ocasión de probarme tu cariño, tu arrepentimiento. Seamos felices viendo como lo son nuestros hijos, ya que por tu ambición no pudimos serlo antes.

D. AGUSTIN.—¿Qué dirían de mí?... ¿Como justificar?...

ISABEL.—Antes decías que no debíamos ocuparnos de los juicios del mundo, si queremos ser dichosos. Hagámoslos felices, vivamos en el suyo nuestro amor... y el día de su boda quemaremos este montón de reliquias, y con ellas el recuerdo de aquel pasado para los dos tan vergonzoso.

D. AGUSTIN.—¡Ah, Isabel! Esta burla...

ISABEL.—Perdónamela en gracia de su intención.

D. AGUSTIN.— Es una emboscada... Necesito pensarlo.

ISABEL.— No, no. Las cosas que tú meditas suelen ser demasiado razonables. Eres muy buen político para que confíe en tí... ¡tu familia viene! Preséntame.

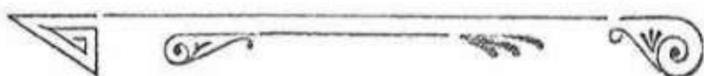
D. AGUSTIN.—No, en otra ocasión.

ISABEL.—Ahora. ¿Entiendes? Ahora.

D. AGUSTIN.— (*Después de dudar*). Claudia, preséntote á la señora viuda de Anaya....

ANTONIO FERNANDEZ LEPINA.

Legajo



De la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, reproducimos el siguiente suelto por referirse á hallazgos realizados en nuestra provincia, y dice así:

«**Mérida:** Abriendo zanjas para cimentar una casa modesta en las afueras, al S., de la ciudad de Mérida y á profundidad de 1,50 metros, fué descubierta un trozo de pavimento de mosaico romano, perteneciente á un edificio, posiblemente una morada situada á más de medio kilómetro al Occidente del magnífico antiguo teatro.

El trozo visible del mosaico mide cerca de cinco metros de longitud por uno y medio de ancho, y es, sin duda, un pico ó extremo del pavimento de una habitación, pues se advierte una parte de la cenefa, cuyo motivo ornamental es la típica trenza romana y una faja ancha que encuadra una composición de figuras, solamente interrumpida por junto al borde longitudinal con un motivo de labor geométrica, dentro de un rectángulo que parece señalar el eje del pavimento en el sentido de su anchura. Debe, pues, corresponder el pavimento á una habitación cuyas dimensiones serían de siete ú ocho metros de longitud y un ancho proporcional de cuatro ó cinco.

Al contrario de muchos mosaicos constituidos por trazados ornamentales que dejan pequeño campo á las figuras, en medallas ó compartimientos octogonales, el presente mosaico se anuncia, por lo descubierto, como un gran cuadro de composición figurativa.

El asunto está, sin duda, inspirado en la fábula de las deidades marinas. Un carro, del que la tierra que aún cubre el pavimento no deja visible más que una rueda, señala el sitio principal, ocupado, tal vez, por Neptuno, ó por Anfitrite, si no por ambos, y rodeando el carro aparecen una graciosa Nereida sobre un caballo marino; dos Tritones, cuyo cuerpo humano termina en cola de delfin, llevando en la diestra mano un remo y en la izquierda un caracol á guisa de bocina, y en torno de este cortejo de los grandes dioses del mar, se deslizan diferentes peces, entre los que se distinguen por su elegante perfil algunos delfines.

Todas estas figuras son negras, como así mismo los trazados ornamentales ante líchos, destacando unos y otros sus peregrinas siluetas sobre el fondo blanco del mosaico.

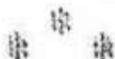
La labor de éste, formada con cubitos de mármoles blancos y negros, es muy fina.

El buen estilo de este trabajo romano de marcado gusto helénico, que recuerda el de las pinturas de vasos griegos, en los que también destacan en silueta las figuras negras sobre el fondo rojo ó blanco, aumenta valor artístico al arqueológico de este mosaico, que no debe dejarse enterrar nuevamente bajo los cimientos de una casa, sino ser descubierto por entero y cuidadosamente levantado y transportado al Museo de Mérida.

Al efecto, la celosa Subcomisión de Monumentos de Mérida ha conseguido, con sus buenos oficios cerca del Ayuntamiento de aquella culta ciudad,

que sean suspendidas las dichas obras de cimentación, mientras por mediación de las Reales Academias de la Historia y de Bellas Artes de San Fernando se consigue del Ministerio de Instrucción pública la autorización y fondos necesarios para el descubrimiento total del mosaico y demás restos que pudieran existir de la casa romana á que perteneció; el arranque del mismo, con todo el cuidado que tan delicada operación exige, y su adquisición para que sea conservado como parte importante que es del tesoro artístico nacional.»

ARCHIVO EXTREMEÑO no puede menos de unir su modesto concurso á lo expresado por tan valiosa *Revista*, y espera que la Comisión provincial de Monumentos interese también la conservación de tan precioso hallazgo, dando así una muestra de su amor al arte antiguo, del que deben conservarse ejemplares en la ciudad augusta, no descubiertos por falta de subvención oficial, á la que tan obligado se halla el Ministerio que dirige el Sr. San Pedro, de quien no deben ser desconocidos los informes emitidos por D. José R. de Mérida, como consecuencia de su visita á esta provincia, y sobre todo á la ciudad de Mérida, arsenal riquísimo de antigüedades, las que han de conservarse en nuestra región, pues á ello estamos obligados cuantos sentimos amor á esta *patria chica*, tan necesitada del apoyo de sus corporaciones, y en modo especial, de subsidio económico del poder central, nunca pródigo para favorecer la cultura nacional, mas sí espléndido para ciertos *sports* de importancia extranjera, cuyo arraigo se procura entre nosotros, concediendo premios dignos de mejor empleo, porque entre fomentar la instrucción y las carreras de caballo, no caben dudas al elegir, según nuestra opinión.



El cuadro «La Juma», de Eugenio Hermoso, no ha sido admitido en París. Según las impresiones que hemos recogido, no ha fracasado el genial pintor extremeño; han triunfado, al parecer, los egoísmos y las intrigas de algunos artistas, que por serlo, debieran estar desprovistos de tan malas pasiones ya que, rindiendo diariamente culto á la belleza, deberían vivir en un mundo ideal donde á la Paz y á la Justicia todo se subordinara. Por desgracia no es así.

«La Juma» es un trozo de la vida extremeña trasladado al lienzo, y ante él hemos pasado y han pasado innumerables personas muchas horas del día contemplando admirados sus detalles. Todos, inteligentes, críticos y profanos, han proclamado las excelencias del cuadro.

Solo á una mala pasión puede atribuirse lo ocurrido; pues suponemos que los señores encargados de la admisión de obras tienen ojos para ver y cerebro para pensar. Hermoso, con la admisión ó sin la admisión, siempre será el pintor genial, el maestro, como le llama *Gedeon*, haciendo de sus obras presentadas en Madrid últimamente, que han producido hondísima impresión, el mayor elogio. Por eso este tropiezo nada significa. A nosotros amigos y admiradores suyos, nos llenó de indignación la noticia y solo deseamos que el indiscutible artista, saltando por encima de tanta miseria, dé al olvido lo pasado y al público nuevas obras tan hermosas como «La Juma» y «Manolita».

Otro pintor extremeño, y también amigo nuestro, Covarsí, ha obtenido en París un gran éxito con su cuadro «Los corsarios». En los periódicos locales hemos leído con sumo gusto recortes de la prensa francesa, que prodiga á Covarsí justas alabanzas.

Nos enorgullece el triunfo de nuestros paisanos.

* * *

En la prensa local se ha vertido la idea de que Extremadura celebre una Exposición.

Aludido en algun trabajo periodístico el Sr. Díaz Macías, presidente del Ateneo y entusiasta de todo cuanto puede conducir al mejoramiento moral y material de esta antigua región, el laureado poeta ha respondido con la alteza de miras de siempre; pero á vuelta de los temores que le asaltan, por lo enmarañado de la política provinciana, por las rivalidades y los enconos de las agrupaciones que aspiran á la dirección de nuestros pueblos, se ve el escepticismo apoderado de un alma que tiempos atrás fué toda fé en estas cosas, y prevee la duda, ¡qué, la duda!, la seguridad firme de un fracaso, si á la labor preparatoria de una Exposición Extremeña, no precede la utilización del armero para que en él descansen el arco y la lanza, el arcabuz y la flecha.

Podría decirse que los años determinan fatalmente cambio en el modo de ser psicológico de los individuos, en sus gustos y en sus aficiones, si tras el Sr. Díaz Macías que, pese á sus desilusiones, ayudará como el que más á la obra de que se trata, no hubiéramos leído lo que á propósito de la Exposición Extremeña escribe en *La Coalición* otro simpático compañero en la prensa y un pedazo del alma de esta revista, Antonio Arqueros, quien como si nada representasen las cuestiones á que vive entregado en el Municipio y fuera de él; como si la senda que recorre en persecución de locales escuelas, en busca de higiene y de salud para los niños enfermos y pobres, en persecución de saneamiento y belleza para Badajoz, la hubiera encontrado sembrada de flores multiplicadoras de los alientos y de las energías, más que de desengaños y tristezas enervadoras de la más firme voluntad, se arranca abogando por una Exposición á la que sean llamados nuestros vecinos los portugueses y á la que pueda concurrir toda la producción española, como medio de que el Estado venga en nuestra ayuda, y de una vez para siempre se acabe con la leyenda de nuestro apego á la tradición, de nuestro desamor al progreso, colocándonos en primera línea en el orden de los pueblos cultos.

La empresa es valiente, y, como dice nuestro camarada, digna de ser acometida por los descendientes de aquellos héroes de la gran epopeya americana.

Nosotros brindamos todas nuestras simpatías á la idea de nuestro compañero y prometemos dedicarle todos los esfuerzos de nuestro modesto valer.

BALDUQUE.